

ENCUENTRO EN LAS ALPUJARRAS

Mi coche pequeño y valiente me sube a Las Alpujarras almerienses desde la hermosa pedanía de Aguadulce a través de pequeñas carreteras con continuas curvas peligrosas, como corresponde al paisaje montañés que se nos ofrece, en donde se percibe la mano sensible, tenaz e inteligente del hombre con masivas repoblaciones de pinos sobre una tierra pelada. También comienzan a aparecer escobas en el paisaje, que está bendecido con un agradable olor de serranías, mucho menos áridas de lo que nuestro ojo parece indicarnos. El primer pueblo que encontramos es Enix, que posee una hermosa iglesia con el nombre de san Judas Tadeo, así como una generosa fuente pisistrática cuyo frescor insípido nos sabe delicioso. Es frecuente toparse por las tabernas de Las Alpujarras con camareras de origen rumano, sobre todo moldavas, que ponen en blanco los ojos cuando les citas a Eminescu. Desde este inicio de Las Alpujarras almerienses se divisan los torpes mares de plástico de El Ejido, y en la noche del 23 de agosto Almería, Portus Magnus como Melilla, su prolongación africana, parecía bombardeada por millares de fuegos artificiales policromos. Es que allí abajo se vive la feria y fiestas de Almería, con corridas de toros, conciertos, festival flamenco y misa solemne. Pero aquí, entre estas poderosas peñas, resuena aún el eco de las rebeliones moriscas, caballo de Troya del Imperio Otomano, y su algarabía cruenta estremece los valles y asusta a los pájaros y a las abejas. ¡Qué bien se entienden desde este escondite serrano, la Arcadia de la Andalucía, los diáfanos análisis sobre Europa del maestro Antonio García-Trevijano!

Desde la Loma de los Yegüeros, al noreste de Enix, uno presiente ya los horrisonos galletazos, traspasadores de paletillas bovinas, que algún novillero local infligirá a dos inocentes astados en la tarde del 24 de agosto. Las fiestas de Almería avanzan con alegría y sol garantizado. El mar acuna la ciudad. Mas yo aquí, en una posada de Las Alpujarras más olvidadas me he encontrado con el solemne fantasma de Roger de Laura, iracundo en extremo por haber averiguado por un vagabundo inglés que un catalán con ojillos y nariz de borrachín le quiere imitar y hasta por sus futuras gestas de conquista adumbrar. La verdad es que la hercúlea belleza fantasmal de Roger de Laura se afea con tanta producción de atrabilis transmundana. Yo le digo a Irina, la joven rusa de cuerpo menudo que vive con este noble fantasma, y de consuno con él regenta la posada, que lo calme, que le puede dar algo, que ya es muy mayor—incluso siendo un fantasma—. Efectivamente Irina lo logra calmar. Ella sabe que entre Siberia e Iberia sólo dista una apicoalveolar fricativa silbante sorda, que representa un viento ululante transportando bailarines copos de nieve.

—No puedo soportar que yo, antecedente de Gonzalo de Córdoba, por cuya patria chica mi errante sombra vive, sea imitado, falsamente emulado y muy mal representado por un enano sin grandeza.

—Eso que dices, querido, es un pleonasma, una brutal redundancia alógica —le espetó la pequeña Irina de ojos azules, que es muy cul-



ta gracias a su adicción a Internet.

—Los albigenses poníamos en la traición el mayor pecado del hombre, y lo que propone esa degeneración de mi figura es sólo traición, sólo traición. ¿Qué diría nuestro gran Rey Pedro, que

introdujo el toscanismo «español» en su reino? —y como un poseso Roger de Laura daba puñetazos de niebla en la barra con gran peligro de mi vino blanco.

—Cálmese, mi general, prefiguración solemne del Gran Capitán. Yo debo seguir hacia el Cerro del Molinero; que ando buscando a un pequeño fantasma angelical a quien han visto por allí.

—Pues tenga cuidado por los caminos de estas serranías —me dijo como cariñosa despedida la «krásne» Irina, que parecía a una heroína sacada de las narraciones extraordinarias de Lermontoff. ¡Qué profética es la lengua en que rojo tiene la misma etimología que bonito (krasiva)!

—Dasvidania, tovarich.

Las ruedas de mi coche pequeño volvieron a levantar un polvo de ensueño por los caminos alucinados y fantásticos de Las Alpujarras.

Miguel-Martín RUBIO ESTEBAN

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

MIEDOS Y AMENAZAS

Cada día mueren 30.000 personas por beber agua de mala calidad en el mundo. Algo más de 800 millones pasan hambre. ¿Soluciones? Sólo una se me ocurre: que el humanismo cristiano, fuente de libertad, de paz social y desarrollo, se abra paso. Mientras lo esperemos todo del Estado, en vez de contribuir cada uno desde una postura esforzada a la dignidad de la sociedad en la que le tocó nacer; mientras vivamos acomplejados de nuestra civilización, inseguros de nuestra cultura, mal iremos. Mal, muy mal, si el hombre, que es lo que importa, continua supeditado solo a los dineros. Si, en lugar de encoger-

nos de hombros, no nos movilizamos todos, por encima de cualquier cinismo, hasta sus últimas consecuencias, para que la criatura que nace en esta sociedad del exceso y, paradójicamente, de ruina, se encuentre al llegar con un mundo solidario y no con nuevos conflictos, amenazas y miedos. Sin apenas salud moral, sin otro horizonte que el de su mera extinción física.



Jesús FONSECA



SAHARAUIS EN BARCO DE ÁVILA

En verano, durante dos meses, cuatro niños saharauis, dos varones y dos hembras, dan color y alegría a las calles y plazas del hermoso pueblo de Barco de Ávila. Durante los últimos años cuatro familias del pueblo les acogen junto a los suyos, integrándolos, en una labor que es más que humanitaria: es una apuesta por la convivencia, el diálogo entre los pueblos y al tiempo una ayuda para este sufrida población desterrada y humillada del Sáhara no ya por Marruecos, sino por un mundo colonial que está destruyendo África tras haber explotado sus riquezas y diezmado a sus habitantes. Integrados en la pequeña villa de Gredos, vemos a estos niños corriendo veloces en bicicletas —aquí aprendieron a montar y se ha convertido en una de sus pasiones junto con el río— paseando perros a la orilla del Tormes, subiéndose en los coches eléctricos; bañándose —nunca se cansan de ésta para ellos milagrosa práctica—, como en el caso de Hamadi, descubriendo en compañía de Nino los restos de nieve en las cumbres de Gredos. El río y la montaña son paisajes que abrieron de par en par sus ojos el primer verano: ya se han habituado



a ellos. Como a que muchas gentes los llamen por su nombre. Apenas saben algunas palabras de español, pero comprenden la mayor parte de cuanto se les dice. Una sonrisa aflora siempre en sus labios. Fieros y bellos son sus ojos,

cálidas sus manos, musculosos sus delicados e infantiles cuerpos. Saben que el verano se compone de bellos e ininterrumpidos días que, sin embargo, terminarán cuando sus horas de luz vayan acortándose, con el regreso a su tierra. Esa tierra que no les dejan sentir como propia. Allí están los suyos. Vuelven cargados de regalos y de historias que contarán en las largas noches del desierto, bajo el fulgor de las estrellas. La aventura que viven en Barco de Ávila —como en otros pueblos de España— es un pequeño pero profundo ejemplo de solidaridad de los mejores de sus habitantes, quienes antepone ésta a la guerra, a la discriminación racial, a la explotación de los hombres y los pueblos. Seguramente en estos cuatro años que llevan viniendo aquí, no comprenderán el impacto que sobre la naturaleza va teniendo la especulación del terreno y construcción salvaje. Algún día, cuando sean adultos, lo comprenderán. Ojalá ellos, entonces, pertenezcan a un pueblo libre el que puedan relatar estos momentos de amistad y camaradería vivida con los amigos españoles. Los niños con los que juegan, los adultos que les atienden y miman, los habitantes del pueblo que les contemplan con simpatía son los vínculos que impregnan la convivencia entre gentes y pueblos diferentes. Si esta comprensión y apoyo pasara de la excepción a la regla, otras serían las normas y pautas que rigen la organización del trabajo, de la cultura, de la moral y las costumbres en nuestro país. Claro es que entonces no tendríamos los gobernantes que tenemos. Relaciones de igualdad y no de capitalismo salvaje. De conocimientos de las culturas de todos los pueblos y no de dependencia del modo de vida americano, con desculturización impuesta por los monopolios estadounidenses que nos llevará a la asfixia del ser humano.

Estos niños saharauis, afortunadamente, aquí, en Barco de Ávila, sólo escuchan los cantos de los pájaros, persiguen sus danzas y vuelos por aires todavía limpios, se tienden a la sombra de los árboles que no fueron devorados por el fuego o por la rapacidad del hombre-empresa, se sumergen en las aguas del río que aún resisten la contaminación con la que depredadores y especuladores amenazan con corromperlas, bailan en las fiestas del pueblo, ascienden las elevadas montañas, desconociendo que en el país en que son felices también estos días se viven momentos de corrupciones y miserias políticas. Niños saharauis en Barco de Ávila. La inocencia y la auténtica actividad, compromiso social, un ejemplo que también al escritor le enterece, y por momentos desvía la pluma de los temas oscuros que por desgracia ocupan gran parte de su trabajo, para cantarlos, a ellos y a quienes les acogen.

Andrés SOREL